Verdades paralelas

Hugo Badel

Verdades paralelas

Hugo Badel

Avant
editorial

Primera edición, abril de 2024
©Hugo Badel, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:978-84-10236-38-7
IBIC: FA
DEPOSITO LEGAL: 978-84-10236-38-7

«Es preferible la muerte
a vivir soportando el tormento del silencio».

«Los eventos que afectan la vida del escritor lo obligan a dejar testimonio a las presentes y futuras generaciones».

A ti, que amas la literatura.

Dedico esta obra literaria, en primer lugar, a Dios, que, a través de una revelación en lenguas de hace muchos años, me dijo que debía escribir para los mundos secular y religioso. A Alejandra, mi exesposa, quien, a pesar de tener el divorcio por barrera, aún me apoya incondicionalmente; y a mis hijos —Brian, Daniel y Carolina— cuyo acompañamiento y estímulo también han sido fuentes energéticas que me han ayudado a perseverar.

No puedo dejar pasar por alto a mis padres, Otto y Elvia, que habitan en el seno celestial, a los que veo reflejados en mis ojos y quienes con sus enseñanzas contribuyeron a la estructuración de mi personalidad. Y, finalmente, a mis compañeros del ejercicio docente, quienes, sin proponérselo, me brindaron elementos de inspiración.

I

Caminaba rumbo a una de las asambleas mensuales que se realizaban en la casa del sur de la ciudad cuando experimenté un evento que me causó un profundo dolor. Aparte de mis funciones en los patriotas, mi vida seguía el curso normal. Asistía a la institución educativa de lunes a viernes, según lo establecido en mi jornada laboral, seguía atendiendo los asuntos de mi casa como siempre lo había hecho, y los sábados y domingos visitaba a mis familiares y amigos, a quienes no les había revelado, ni pensaba hacerlo, el secreto que guardaba desde meses atrás.

Reflexionaba acerca del compromiso adquirido y sobre la responsabilidad que tenía ese día. Debía ser el moderador, ya que Ricardo, que normalmente cumplía esa labor, había sido asignado a otras funciones. Estaba inmerso en mis cavilaciones cuando fui alejado de ellas por el sonido que produce el teléfono celular cuando llega un mensaje de WhatsApp. Me detuve junto a una unidad residencial, activé el móvil y me estremecí cuando escuché a Danilo.

—Maestro, nuestra amiga acaba de fallecer.

Las palabras del hombre, a quien había visto en fotos que me mostraba Angie, pero con quien sólo hablaba por teléfono, me estremecieron. El helado de vainilla que chupaba me supo a muerte y cayó al piso. Confundido, me recosté en una de las paredes del condominio que estaba frente a mí para evitar caer, y de inmediato las lágrimas salieron.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! —grité varias veces hasta que la voz se me apagó.

Conocí a Angie el día de su presentación frente al grupo de sus nuevos compañeros, y no imaginé en ese momento que semanas más tarde se convertiría en una de mis mejores amigas. Desarrollamos a partir de nuestro primer diálogo tal empatía, que nos llevó a establecer unos lazos de amistad indestructibles.

Hablamos por primera vez frente a la puerta de entrada a la biblioteca, y el tema que tratamos fue el concepto de belleza. Le expuse, con ejemplos de personas conocidas, que la no aceptación de la vejez y del deterioro del físico causan serios inconvenientes en el ánimo, y que lo más indicado es intentar el equilibrio entre el espíritu, el alma y el cuerpo. Estuvo de acuerdo. Le comenté, además, que una de mis debilidades es que daba demasiada importancia a la apariencia física —algo que no me ocurría de niño ni de adolescente—, y que eso me había ocasionado dolores de cabeza.

Pasamos casi una hora acodados en el muro junto a las gradas que conducen al primer piso, durante la cual

abordamos diversos temas correspondientes al amor. Ella atravesaba por una difícil situación afectiva con un joven que la cortejaba sólo por épocas —justamente el que me avisó de su deceso—, lo que le causaba mucho daño, pues estaba enamorada de él, y conservaba la esperanza de que tarde o temprano se decidiera a hacerle una propuesta seria de amor. Pero pasaban los días, había transcurrido casi un año, y el hombre que se había ganado su corazón no se decidía.

Nuestra empatía se fundamentó en el hecho de que ambos atravesábamos por una situación similar, una etapa dura de afectividad. Pocas semanas atrás había sido abandonado por la mujer que me acompañó al altar, que estuvo conmigo durante más de tres décadas y que, de un momento a otro, me expresó que se marcharía. No me opuse a su decisión y permití que se apartara de mi vida, porque me parece natural que lo que algún día comienza también algún día termina.

A partir de la tarde de nuestro primer diálogo, aprovechábamos los ceses de actividades para conversar acerca de temas de diversa índole, y en las noches, vía telefónica, concluíamos lo que empezábamos en el día. Varias veces nos sorprendieron las dos de la madrugada pegados al teléfono celular, obligándonos, a pesar de nuestro deseo de seguir, a suspender, pues al día siguiente debíamos cumplir con nuestros compromisos laborales.

Poco a poco descubrimos que teníamos muchos aspectos en común: la visión respecto al mundo, la creencia en un ciclo de vidas y la importancia de la ética en nuestra labor docente. Y un aspecto importante fue que la diferencia de edad —yo era casi treinta años mayor— no fue obstáculo para hablar como si fuéramos contemporáneos.

Angie fue el báculo que en los momentos de debilidad me sostuvo. Sus palabras de aliento me llenaron de energía a tal punto de convertirse en la ayuda idónea que me dio ánimo para luchar contra la depresión ocasionada por la enfermedad que me aquejaba —de la que estoy casi recuperado—, y que evitó mi destrucción emocional. Y yo fui para ella el muro de las lamentaciones, su paño de lágrimas —aunque nunca la vi llorar—, su consejero y, como ella solía llamarme, su *sensei*.

Angie se marchó siendo muy joven a consecuencia del maldito covid-19, y tal vez cumplió los propósitos que estableció antes de su regreso a la Tierra. Y lo manifiesto de esa manera porque ambos creíamos firmemente en el ciclo de vidas, tema del que hablamos en muchas ocasiones, y que planteó Brian Weiss en sus obras luego de las experiencias pasadas descubiertas en su paciente de nombre Katherine.

Superado un poco el impacto de la nefasta noticia, y a pesar del dolor en mi alma, seguí mi camino, pues debía cumplir el compromiso adquirido. Mientras

caminaba me daba ánimo, pensando que la vida continúa, que Angie había sido muy importante en mi vida, y que, a pesar de haberse marchado primero, no la defraudaría, como un día le prometí, y que cumpliría el deseo que me expresó cuando, estando en la clínica, con la saturación baja, me envió la última foto que se tomó.

II

Me pediste que volviera a escribir, que no interrumpiera el talento, que no lo matara, y te respondí que era cuestión de tener paciencia, que no se trata de decir voy a hacerlo y punto, y que tenía que esperar la ocasión propicia para dejarme llevar por la inspiración, y esta llegó justo cuando se tejían toda clase de rumores acerca de la pandemia que, según los medios de comunicación, causaba tantas muertes.

En una de mis primeras novelas —que tuviste la gentileza de leer— escribí que los hombres de arte tenemos épocas de aparente sequía; sin embargo, no nos desesperamos, porque confiamos en que llegará de nuevo el momento de reactivar la materialización del talento. La fuente que nos nutre se alimenta durante los días de inactividad artística hasta que, colmada su capacidad, hace brotar con facilidad y abundancia las ideas que llenan nuestra mente. Entonces, es indudable que requerimos de recargas emotivas que nos ayuden a procesar nuevas impresiones para transmitirlas a la presente generación y a las futuras. Nuestro talento nos permite interpretar la realidad, recrearla, denunciando lo que oprime a nuestros congéneres, exaltando

lo edificante, admirando la belleza del entorno, reflejando nuestro mundo interior y anhelando no pasar por la tierra como la mayoría de los seres humanos. Nuestras obras perpetúan parte del conocimiento de las épocas, enriqueciendo el espíritu de quienes nos suceden, esponjas que absorben nuestra ideología, que la perfeccionan, contribuyendo al desarrollo social y convirtiéndose en nuevos artistas.

La primera vez que fui remitido a este sitio, antes de que iniciara la pandemia, pedí a mi antecesora que quitara las cortinas para permitir la entrada de los rayos solares, y para evitar los comentarios mordaces de quienes viven más pendientes de las vidas ajenas que de las propias, sin imaginar que estaba preparando el ambiente a quien me visitaría más adelante. Y no obstante haberlo hecho, a pesar de tener las precauciones necesarias y de actuar con cautela, los comentarios inicuos hicieron eco en los corredores de los dos pisos, en una confirmación de las palabras de Jesús, que expresó a sus discípulos que lo que contamina al hombre no es lo que entra por su boca, sino lo que sale de ella.

Veo pasar, mientras escribo, las figuras humanas, ilusiones corpóreas, cadáveres animados, cuya existencia es efímera: algunas con la mirada perdida; otras, dominadas por el deseo de atesorar; y otras, muy distanciadas de la razón de su existencia. Lo cierto es que, tanto unas como otras, existen en un planeta donde se ha llegado al punto de aplicar severamente la frase

«sálvese quien pueda», sin importar el precio que haya que pagar, y sin haber asimilado la experiencia de estar asediados por la muerte durante los dos años del infernal martirio. No soy la excepción, también fui víctima de ella, llevándome al punto en que ahora me encuentro, a la aceptación del error de haber permitido tantas vanidades, tantas cosas inanes que en nada contribuyeron al desarrollo de mi espiritualidad, no a la que se refieren los religiosos, sino a la que tiene que ver con mi propia esencia, al encuentro conmigo mismo. Apegarme a lo material, a lo superficial, y no disfrutar plenamente de los instantes que proporciona la vida, fue el error que cometí. Pero nunca es tarde para enmendar y, gracias a los veinticuatro meses que duró el confinamiento, cambié el rumbo, pues entendí que nadie puede existir o vivir por mí, que la existencia precede a la esencia, a la búsqueda individual, y que sólo existo yo, yo que odio, yo que amo, yo que sufro, yo que gozo.

Aquí estoy rodeado de libros, mis compañeros de papel incondicionales, mis amigos que me revelan mundos que me enriquecen y redarguyen. No nací para ser bibliotecario, pero lo soy por razones ajenas a mi voluntad y acepto la realidad. Y, a pesar de no querer serlo, me siento orgulloso de seguir colocando mi granito de arena en la formación integral de los jóvenes, de esos seres inexpertos que en el futuro tendrán que soportar muchos pesos sobre sus hombros.